

CLAUDIO JOSE DOMINGO BRINDIS DE SALAS

(1852-1911)

por

JORGE QUINTANA

El pasado lunes cuatro de agosto los cubanos conmemoramos el primer centenario del natalicio de Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido, el violinista genial que pudo pasearse por los escenarios y las salas de concierto de Europa y América conquistando fama, fortuna y renombre. Evocar aquella vida plétórica de inquietudes artísticas es nuestra tarea de hoy. A un siglo de aquel acontecimiento de su natalicio, la figura se nos impone con singulares relieve.

El Padre.

Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido nació en la calle de Aguilà 168, en la ciudad de

La Habana. Alguna vez se le supuso nacido en Matanzas, pero el hecho no ha podido ser comprobado. De su padre le vino el talento artístico. Claudio Brindis de Salas fué un músico notable, un compositor ameritado y un destacado director de orquesta. Cuando el hijo nació tenía cincuenta y dos años. La vida no le había sido muy grata. Nacido en casa de aristócratas, había tenido por hermano de leche al Conde de Bayona. Siguió la carrera de la milicia, donde alcanzó, en 1827, el grado de Subteniente siendo destinado al Regimiento de Morenos Leales de La Habana. Casado con María Severiana Arango tuvo una hija llamada Cecilia María Severiana Brindis de Salas y Arango. Organizó una orquesta que logró reputación de ser la mejor de la capital cubana. Tenía buena voz y magnífica presencia.

En 1844 las autoridades españolas le complicaron en la Conspiración de la Escalera. A la una de la madrugada del trece de mayo de 1844 le arrestaron en su propio domicilio. Cuatro días más tarde fué trasladado a la cárcel de Güines reclamado por el capitán del Partido de Pipián. El 21 prestaba declaración ante el investigador que diez días más tarde lo sometía a careos con otros acusados, algunos de los cuales como Luciano Pérez y Damián Zamora no vacilaban en señalarlo como uno de los cabecillas del movimiento insurreccional en La Habana. Nicolás Guillén asegura que fué sometido al tormento.

to. El hecho es de presumirse, porque en esta conspiración las declaraciones se obtuvieron más que nada por la vía del tormento inquisitorial de La Escalera, que dió nombre a todo el proceso.

El catorce de octubre designó defensor al Teniente don Julián María Infanzón. Diez días más tarde proponía, en su defensa, que se inquiriese del Marqués de San Felipe y Santiago, de los condes de Casa Bayona, O'Reilly, Fernandina y Santovenia y de los coroneles Pinillos y Brodet la opinión que tenían de su conducta. Todos informaron favorablemente y no hay dudas que esas declaraciones influyeron en la decisión del Consejo de Guerra celebrado entre los días 18 a 25 de diciembre de 1844, que le condenó a la pena de expulsión de las islas de Cuba y Puerto Rico, con apercibimiento de que si regresaba sería recluido en prisión a perpetuidad.

El catorce de enero de 1845 Brindis de Salas es notificado de la sentencia. Abandonó la prisión ignorándose hacia dónde encaminó sus pasos. Nicolás Guillén sospecha que se dirigió a México, cosa posible si tenemos en cuenta la cercanía y el hecho de no existir esclavitud en esa República. La vida de desterrado no debió serle muy fácil, pues cuatro años después regresaba a su patria de riguroso incógnito. Descubierto por las autoridades españolas es reducido a prisión bajo la acusación de haber quebrantado la condena. Todavía en noviembre de 1850 continuaba preso, pues en esa fecha el capitán general Gutiérrez de la Concha pedía tatos para resolver una solicitud

de desde su celda le había enviado do Claudio Brindis de Salas. En enero de 1851 abandona la prisión dándosele un plazo de dos meses para que abandonara nuevamente el país. En marzo gestiona que se le prorrogue ese plazo a un año, siendo finalmente incluido en una de aquellas amnistías con que Isabel II aspiraba a pasar por benigna ante los ojos del pueblo cubano, que acababa de contemplar el proceso de las expediciones libertadoras del general Narciso López.



Autógrafo de Brindis de Salas publicado en "El Figaro", de La Habana, en 1890. Su redacción en francés le provocó agudas críticas.

En medio de todas esas vicisitudes, enfermo de la vista y viudo, Claudio Brindis de Salas se casó en segundas nupcias con María Nemesia Garrido que le habría de dar tres hijos varones, siendo el mayor Claudio José Domingo.

Para subsistir Claudio Brindis de Salas organiza una nueva orquesta. Muchos de sus antiguos compañeros ya no existían. Habían percidido en el tormento cuando la Conspiración de La Escalera o se habían ausentado del país. Sus facultades declinaban ostensiblemente. La vista se le iba por días. Sólo le quedaba el oído para percibir la bondad del talento de su hijo Claudio José Domingo, a quien inició en los estudios de la música y la ejecución del violín.

Apenas su hijo tiene un año de nacido, cuando Claudio Brindis de Salas se ve envuelto en otro proceso judicial. Esta vez es una negra llamada Juana Entralgo la que lo acusa de la estafa de una onza de oro que le había dado para que le gestionara un permiso para un baile de negros con música africana, cosa que estaba estrictamente prohibida por las autoridades españolas. Después de una amplia investigación el segundo jefe de la Policía

de La Habana lo remitió preso al Retén de la Plaza de Tacón a disposición del Gobernador Superior Civil el 19 de abril de 1853. Con el escrito de remisión, el Jefe de la Policía recomendaba que se le exigiese a Brindis la devolución de la onza estafada. El 22 de abril la autoridad gubernativa disponía la libertad del detenido, considerando que con la prisión está purgado el delito, pero reclamándole la devolución del dinero que dispone se deposita en el fondo de policía. Al ser requerido Brindis de Salas alegó no tener dinero alguno, suplicando le dejaran apelar. El 23 de abril elevó una instancia al general Concha solicitando se le diese un plazo más amplio para devolver el dinero. El Capitán General, que tan triste fama ganara entre los cubanos, fué sin embargo, generoso con Brindis de Salas. Por segunda vez le ayudó en sus apuros, relevándolo del compromiso de devolver el dinero reclamado.

Claudio José Domingo.

El hijo fué creciendo y evidenciando las maravillosas condiciones de violinista. Su padre le enseñó a dar los primeros pasos. Despues lo envió con el profesor José Redondo y, finalmente, con el violinista belga José Van-der Gucht que tuvo el privilegio además de ser maestro de otro grande de la música: Díaz Albertini.

En octubre de 1860 da a conocer su primera composición. Era una danza titulada "La Simpatizadora" y estaba dedicada a doña Narcisa Martínez, en cuya casa la estrenó el veinte de octubre de ese mismo año. El primer concierto público fué el 18 de diciembre de 1863. Tenía once años. El Liceo de La Habana le ofreció sus salones. Francisco Calzagno en su Dicciona-

rio Biográfico Cubano dice que éste concierto se efectuó en 1862. Nicolás Guillén en su biografía de Claudio José Domingo Brindis de Salas repite esta misma fecha, pero nosotros podemos rectificar ese error, pues, poseemos el programa de aquel acto y en él mismo consta que no fué en 1862, sino el 18 de diciembre de 1863. En esa oportunidad Claudio José Domingo Brindis de Salas tocó tres piezas. La primera fué "Variaciones" para dos violines sobre un tema del maestro "Rodolfo" compuesto por el propio Brindis y ejecutado por él acompañado de su hermano José Rosario; "Aire" variado de "Berriot" y la "Fantasía" para violín sobre motivos del "Trovador" compuesta por "Alard". En esta ocasión tomaron parte en el programa Ignacio Cervantes, Manuel Coto, Alejandro Lorenzana, Tomás Ruiz y su maestro José Vander Gucht.

Al año siguiente el padre emprende una tournee por el interior de la isla. Le acompañan sus tres hijos varones, Claudio José Domingo, José del Rosario y José Orosio. A las penas que los años iban acumulando, se habrá de aumentar este nuevo fracaso. Visitan las ciudades de Matanzas, Cárdenas, Villa Clara, Cienfuegos y Güines. Regresan a La Habana más pobres de lo que salieron. En silencio soportará el

padre el revés. El hijo mayor sigue aplicándose en el violín. Bien sabe él que para que triunfe hay que enviarlo a Europa. Aquellos dedos magníficos necesitan adiestrarse en el ambiente de París. Cinco años han de transcurrir todavía antes de que logre ese propósito.

Francia.

En 1869 sale de La Habana Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido. Se encamina a París. En la ciudad natal quedará el padre ciego y pobre, porque todos sus ahorros los ha consumido ese viaje del hijo en quien cifra grandes esperanzas. En el Conservatorio Nacional tiene por maestros a Ch. Danclas, David, Sivari, Leonard y otros músicos notables. A todos maravilla con su ejecución. El primer año ganó un accesit. Pero ya al segundo se impone y obtiene el primer premio. Durante cinco años consecutivos, al decir de uno de sus biógrafos—Emilio Castro Cha-

né— obtiene el Premio de Honor. Están ya sus manos tocando en la puerta de la gloria.

Del Conservatorio sale con prestigio suficiente para presentarse como concertista. En la Sala Erard se inicia formalmente como ejecutante. La crítica le acogió con entusiasmo. Se recuerda a Paganini. Se evoca al violinista italiano, volviéndose a hablar que había algo de similitud diabólica en ambos artistas.

De Francia pasa a Italia. En el

Conservatorio de Milán, ofrece un concierto. Otro en el Teatro Scala; otro en el Teatro Regio de Turín. Finalmente es Florencia. La crítica le sigue halagando. Cruza la frontera austriaca y se dirige a Alemania. Visita la Prusia. En Berlín hizo su primera aparición y dejó al igual que en Italia y Francia, constancia de su arte inigualable. Le llaman ahora los críticos "El Rey de las Octavas". Toma el camino de Rusia. Se detiene en Polonia. Ignacio Padrewsky, que a la sazón comenzaba su brillante carrera como pianista, le acompañó en uno de sus conciertos en la capital polaca. Años más tarde—en 1919—en La Habana, evocará el hecho con orgullo. De Varsovia a San Petersburgo que comenzaba a agitarse con los movimientos nihilista y socialista. De la Rusia de los Zares a la Inglaterra de la reina Victoria.

En pleno vuelo ascensional recibe una noticia triste. Su padre, cie-

go y pobre, fallece en La Habana el 17 de diciembre de 1872. Tres años después estará en el camino de regreso a América. Trae varias condecoraciones europeas y el nombramiento de Director del Conservatorio de Haití. Recorrió toda la América Central. Llega hasta Venezuela. El nombre de otro cubano que se distinguía en la ejecución del violín llega a su conocimiento. Es José Silvestre White. En noviembre de 1877 está de nuevo en La Habana, su ciudad natal.

En Cuba.

El 24 de noviembre reaparece ante el público habanero, después de ocho años de ausencia. Fué en el Teatro Payret. El éxito más clamoroso obtiene en esta nueva presentación. Seis días más tarde vuelve a tocar en los altos de "El Louvre", esta vez acompañado por su antiguo maestro Vander Gucht. Después será en un beneficio en el Teatro Tacón. La excursión por la Isla es un nuevo éxito. En Santiago de Cuba debuta el 4 de enero de 1878. La crítica le elogia con justicia. Su triunfo se reconoce sin reservas.

De regreso a La Habana toma el camino de México. El 21 de marzo ofrece un primer concierto en Ve-

racruz. El 2 de abril está en México. Unos meses antes ha abandonado la ciudad, recién casado, José Martí. Es así como los dos genios no se encuentran jamás. En ello fué Brindis menos afortunado que White, a quien el gran cubano le dedicó bellísimas páginas en la prensa mexicana.

Toca en el Casino Español de México, en el Teatro Arbeu y en el Teatro Principal. Comparándolo y diferenciándolo con White, el crítico de *El Siglo XX* escribió: "El señor Brindis de Salas no es de la escuela de White; éste, clásico por excelencia, acusa un profundo conocimiento de su arte; Brindis de Salas, menos amigo de las exigencias magistrales, revela una maravillosa espontaneidad en sus creaciones, y, una audacia en su estilo digna del inmenso talento del artista". Y el crítico de *El Criterio Independiente*, aludiendo a sus condecoraciones europeas, se pregunta: "¿Para qué quiere cruces el que tiene la cruz del genio?".

La tournée continúa. Es un peregrinar constante. Público ante el que toca, es público que arrebata. Otra vez es Europa. En 1886 regresa a América. Visita La Habana. El trece de mayo de 1886 debuta en el Teatro Tacón. Serafín Ramírez, el gran musicólogo cubano, que le escuchó aquella noche escribió: "Su manera es hoy irreprochable; y puede decirse que todo ese lujo de dificultades aglomeradas como para anotar a violinistas medianos son para Brindis un agradable pasatiempo, y se entretiene en ellas, tal como sucede en la variante y

4

"fermata" del romance del "Sauce", en la que introduce por su cuenta y riesgo unas octavas cromáticas que producen muy buen efecto, como lo produce también con las décimas, terceras, sextas, sonidos armónicos y otras dificultades que vence tranquilamente. En la rapsodia de Litz tiene un stacatto tiréz y algunos dobles trinos en octavas que ejecuta siempre entre los aplausos de un público lleno de entusiasmo, con mucha decisión y seguridad. Del "Fausto" de Vieniawsky, que también toca magistralmente, nada puede decirse que no pálidezca, pues ahí todo es terrible. Dificultad sobre dificultad, escollo sobre escollo, abismo sobre abismo. No parece sino que su autor quiso reunir en un solo "morceau" todas las dificultades creadas para los más grandes violinistas. Sin embargo, las ejecuta y sale triunfante".

Los honores se han ido acumulando. Saborea el triunfo a plenitud. Gana el dinero y lo tira. Tiene su orgullo. Vive la vida a su antojo.

"Yo Soy un Caballero de la Legión de Honor".

Nicolás Guillén nos ha revelado la anécdota que es todo un exponente de su carácter. Salía una noche de uno de sus conciertos en La Habana acompañado de varios amigos blancos. Entran en un café de moda para tomar un refresco. El dependiente atiende solicitó a los blancos. Cuando Brindis de Salas pide, el dependiente le responde con insolencia:

—Yo no sirvo sino a los caballeros, no a los negros...

El instante es dramático. En la expresión del rostro de Brindis de Salas se advierte la cólera, la indignación. Con sublime altanería se puso de pie inmediatamente y llevándose la mano a la solapa del frac respondió:

—Pues yo soy un Caballero de la Legión de Honor, y no hay aquí tal vez ninguno que pueda decir lo mismo!

Y salió. No hubo manera de darse explicaciones. Había respondido a la grosería como entendía que debía hacerlo. Las explicaciones estaban de más.

Regresó a Europa. Los conciertos, las ciudades, su bohemia consumen su tiempo.

Buenos Aires en el Camino de Brindis de Salas.

En julio de 1889 está en Barcelona. Un empresario le invita a ir a Buenos Aires. En su peregrinaje artístico por América no ha llegado jamás a la Argentina. Le agrada. Emilio Castelar que le dispensa gran amistad le ofrece cartas para sus amigos de la República suramericana. Se embarca. Llega a Buenos Aires. Hace gestiones por obtener un contrato digno de su grandeza artística. Visita al empresario Onrubia. No le conocen. La oferta es ridícula: cien pesos por concierto. Brindis de Salas responde:

—¿Cien pesos? ¡Eso es lo que precisamente yo acostumbro a dar como propina!

Entre las cartas que Castelar le ha dado hay una para Bartolomé Mitre. Lo visita. El gran argentino que fuera amigo de José Martí, cuya colaboración solicitará para *La Nación*, lo acoge afectuosamente. Es invitado a visitarlo en su casa. Brindis de Salas toca como él solo puede hacerlo. Enrique Frexas, crítico de *La Nación*, en la edición del 21 de agosto comenta con elogios aquél breve concierto con que el artista ha regalado a Bartolomé Mitre y sus amigos un poco de su arte. Los elogios son de tal calidad que seis días después se le ofrece un contrato a razón de mil pesos por noche. Y durante seis noches los argentinos gozan ilimitadamente del arte de Brindis de Salas. El

éxito es magnífico. Las familias se lo disputan. En la casa del bonaerense Alberto A. Guerico toca y este le obsequia con un soberbio solitario de brillantes. Los amigos reunen cien mil pesos y le adquieren un Stradivarius. La tournée por el interior es también triunfal. Durante dos años vive entre los argentinos haciéndose admirar. Allí conoció a la argentina apasionada, a la que poco después, desde Cienfuegos, le enviaría un retrato con esta dedicatoria: "A tus divinos ojos".

Al fin parte para Europa.

El Matrimonio.

Camino del Viejo Mundo arriba a La Habana. La revista "El Figaro" que recogía en sus páginas todo lo que de actualidad se producía, le dedica un retrato en la portada. Es un dibujo de Ricardo de la Torriente. En la contraportada un autógrafo de Brindis de Salas. Está escrito en francés. "Tout ou rien" y lo firma también en francés: "Chev. B. de Salas". Los cubanos le critican aquel olvido de su idioma nativo. Pero él no hace caso. Toca y arrebata. "El Figaro" en la nota inserta junto al retrato de Torriente dice: "Ni dato biográfico, ni anécdota, ni ditiramo: no necesita de ellos el eminentísimo violinista, cuya fama ha recorrido el suelo hermoso de su patria y las más cultas ciudades del extranjero. El astro no se describe, se contempla. Enaltecer el mérito de una notabilidad es repetir lo que todo el mundo sabe de coro".

Nuestro cometido de hoy se encierra en los límites de la admiración, y como testimonio de ella, van estas líneas a decorar el retrato del artista genial, a quien enviamos bienvenida cordialísima.

Este homenaje, si los homenajes se pagan, quedará satisfecho con creces, cuando el arco arrebatador de Brindis de Salas, suspenda nuestro ánimo a esas regiones del sentimiento en que él gobierna con absoluta y dulce tiranía".

En la casa de los Condes de Bayona, uno de cuyos antepasados había sido hermano de crianza de su



padre, toca una noche. Raúl Cay, en las páginas de "El Figaro" comenta el acontecimiento. "Acompañado por Miguel González, escribe Cay, tocó la "Cavatina de Raff" y luego una fantasía sobre "Lucrecia" llena de dificultades, que vencía con pasmosa facilidad; variaciones sobre "El Carnaval de Venecia", y por último, como homenaje al patrio suelo, una serie de cantos cubanos, cuyos ritmos lánguidamente cadenciosos, adquirían nuevo encanto bajo el arco mágico del aplaudido virtuoso".

De La Habana sigue su viaje a Europa. Nueva apoteosis. En Berlín parece que va a levantar su tienda. Se casa con una dama de la aristocracia alemana. Vive en una casa que ha adquirido en Kanststrasse 56. Es ya Caballero de Brindis, Barón de Salas. El emperador de Austria le ha concedido la condecoración de Francisco José. El rey de España lo ha condecorado con las órdenes de Carlos III e Isabel la Católica. El rey de Italia con la Cruz del Mérito. El rey de Portugal lo nombra Comendador de la Orden de Cristo. La República Francesa lo ha nombrado Caballero de la Legión de Honor. El emperador de Alemania le agrega un nuevo honor, el de profesor de música de la Real Casa.

De su matrimonio nacen tres hijos. La gloria parece haberle colmado hasta la saciedad. Está en el pináculo. Y él sabía disponer de la gloria a su antojo. Si en un cafetín de barrio deseaba tocar, nadie podía impedírselo. Derrochaba su arte maravilloso ante marineros borrachos a quienes embriagaba más aun con aquella catarata de armonía. A lo mejor le esperaban en un salón elegante o en la sala de conciertos, pero él prefería aquella compañía de los hombres sencillos del pueblo.

En marzo de 1895, cuando recién había comenzado la lucha de nuevo por la independencia de la patria, retorna a La Habana. Ofrece unos pocos conciertos en el Albisu. El momento no era propicio al arte. En el campo hablaban los hombres el lenguaje rudo de la guerra. Brindis de Salas se alejó de nuevo de su patria. En 1898 la esposa le establece demanda de divorcio. No podía soportar a aquel "genio excéntrico y andariego" como le llama Nicolás Guillén, con singular acierto. En Berlín queda el hogar roto, los hijos, sus propiedades. Ahora está de nuevo solo, refugiado en su arte. Pero ya va en descenso. Es la dura realidad. Pudo haberse serenado y vivir decorosamente la gloria pasada. Había demasiada pasión, demasiado coraje para contentarse con ese pasar indiferente. Anhela revivir los días idos. El oído se le ha

acostumbrado al aplauso frenético de las muchedumbres.

En 1900 está de nuevo en La Habana. La dominación española ha cesado. Gobiernan los norteamericanos, preparándole el camino a la República. El siete y el once de diciembre toca en el Albisu. Fracaso. Inicia un recorrido por el interior. Otro fracaso. Abandona al país para regresar al año siguiente. Toca en los salones del "Delmónico". Nuevo fracaso. Insiste en otra tournée por el interior. Es el fracaso final. Abandona decepcionado la tierra donde nació. Será su última visita. Físicamente comienza a ser un guíñapo. La tuberculosis le destroza los pulmones. Los excesos de otros tiempos le han minado la salud. Los dolores morales contribuyen más aun a empujarlo por la pendiente. Su genio declina lamentablemente. Ya no es el Brindis de Salas que arrebataba en las salas de concierto o en los escenarios de los teatros de las capitales europeas.

La Muerte.

Se pierde en la vorágine de América y Europa. Durante diez años vive casi en el anonimato. El temperamento artístico está aplastado por el peso de las penas. Le queda sólo su antiguo orgullo. En 1911 está en Ronda, España. Después de un concierto en el teatro Espinel toma una decisión: irá a Buenos Aires. A bordo del "Patricio Sastregui" llega a la capital argentina. Han pasado veinte años de aquella primera visita. Muchos de sus viejos amigos han muerto. La nueva generación no le conoce. La muerte se acerca y él solo puede envolverse en sus andrajos para esperarla. A la pena física de las enfermedades ha de unirse la miseria.

¿Qué le ha decidido ir a Buenos Aires? Es un misterio. Tal vez añorando los días espléndidos de la gloria tía, piensa en una mano amiga donde poder reclinar su cabeza ansiosa de calma para morir en paz. Tal vez a aquella argentina de los "divinos ojos" le han forzado al viaje. Pero ahora no lleva sus fracs, sus corbatas, sus blancas camisas, sus cuellos, sus puños engomados, sus finos zapatos. Es un vencido. Un derrotado. Y decide esconderse. Va en plena huída por caminos inciertos en busca de la muerte...

Los días 25 y 26 de mayo se hospeda en una posada de infima categoría de la calle Sarmiento 357. Por las calles suele vagar reviviendo sus recuerdos. En los bolsillos el dinero disminuye. Nadie le reconoce.

Del refugio de la calle Sarmiento se traslada a la fonda "Ai re dei vini", en el Paseo de Julio. Allí, en un sórdido cuartucho irá languideciendo, hasta que un viajero, conmovido ante el espectáculo de aquel



660143

"negro atorrante" que se está muriendo sin asistencia médica llama a la Asistencia Pública. Era el 31 de mayo de 1911.

La ambulancia fué en su busca. Tirado en un camastro de uno de los cuartuchos que se alquilaban a forasteros, yacía un hombre negro envuelto en trapos mugrientos. El pelo crecido, la barba descuidada, los ojos hundidos. En la puerta la policía desalojó a los pocos transeúntes que se detuvieron a presenciar la escena en que en una camilla se llevaban a aquél infeliz camino del hospital.

Llevado a la sala de primeros auxilios un médico se acercó para interrogarle. Inútil esfuerzo. Aquel negro agonizaba refugiado en enigmático hermetismo. No había margen para la identificación.

Con cuidado le fueron despojando de la ropa raiada y mugrienta. Bajo los harapos apareció enroscado a su talle un corset, vestigio coqueto de sus días de gentleman... En los bolsillos encontraron un programa, un pasaporte, una tarjeta de visita y un recibo de empeño. El pasaporte revelaba que aquel "negro atorrante" que hacía unos pocos días había pedido albergue en el fondacho del Paseo de Julio, se llamaba Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido. La tarjeta era más rotunda. Decía solamente: "Caballero de Brindis, Barón de Salas". El recibo de empeño era nada menos que el comprobante que por diez pesos le había dado un prestamista por su violín, un Stradivarius legítimo, que en sus manos de negro harapiento, no permitían la identificación legítima.

La noticia produjo revuelo. En aquella cama del hospital expiraba el "Paganini negro", el "Rey de las Octavas", aquel de quien años antes se había dicho, en el propio Buenos Aires, haciendo alusión a su elegancia y apuesta, que "parecía un hombre rubio tallado en ébano".

Se le atendió con esmero. A fuerza de estimulantes logró revivirse. Brindis de Salas se mantuvo encerrado en su heroico mutismo. No hubo disposición testamentaria. Había vivido para su arte y en la hora de la muerte nada tenía que dejar como no fuera el recuerdo de sus excepcionales condiciones de artista singular.

Todo fué cuestión de horas. A las dos de la madrugada del 2 de

junio de 1911, Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido, Caballero de Brindis, Barón de Salas, miembro de órdenes españolas francesas, italianas, portuguesas y austriacas, violinista de cámara de Su Majestad el Emperador de Alemania, fallecía sin pronunciar una frase, sin una queja...

El Vicecónsul de Cuba señor Jorge A. Campuzano vióse impedido de actuar oficialmente. Brindis de Salas era ciudadano del Imperio Alemán. No obstante ello secundó la iniciativa de la redacción de "P.B.T." de tenderlo en sus propios salones. Después invitó a la redu-

cida colonia cubana residente en Buenos Aires para hacer una colecta que produjo trescientos cuarenta pesos. La funeraria de González y Hermanos, por su parte, se negó a recibir un sólo centavo por el servicio de primera clase que ofreciera al gran artista cubano, que fallecía en circunstancias tan tristes.

Cubierto con la bandera cubana que enviara la señora A. F. de Mendizábal el féretro fué conducido al Cementerio del Oeste. Allí, en el nicho número 958, de la quinta galería, en la sección primera, fueron depositados los despojos mortales de aquel que había paseado por el mundo el señorío de su arte y la dignidad de su presencia...

El cónsul de Cuba señor Campuzano pronunció unas frases de despedida. César Maureso, a nombre de la redacción de "P.B.T.", dedicó al músico el postre homenaje.

En 1917 se inició un movimiento destinado a impedir que los restos del gran músico fuesen arrojados al osario general, ya que no había

sido abonada la cuota de arrendamiento del nicho que ocupaba. Se organizó un homenaje ante su tumba. Hablaron el cónsul de Cuba señor Seva, el señor Levieri y el poeta Luis S. Mancioni. El periódico "La Razón" inició una campaña para que se diera al gran músico una tumba digna en suelo argentino. Por el momento se logró liberar de derechos el nicho que ocupaba, salvándose así sus huesos de la pérdida definitiva. Una lápida de mármol fué colocada al frente del nicho como homenaje de la colonia cubana y la redacción del "P.B.T."

El diez de abril de 1930 nuevas gestiones del entonces Ministro de Cuba en la Argentina doctor Néstor Carbonell permitieron abrir aquella tumba. Los restos, momificados, fueron depositados en el crematorio del cementerio. El doce de abril se celebraron unas honras fúnebres en la basílica de San Francisco. Ese mismo día, en el crematorio, procedióse a la incineración de los restos, depositándose las cenizas en una urna de bronce moldeada por el escultor argentino Luis Perlotto y fundida en el Arsenal de Guerra de Buenos Aires. El dos de mayo se entregaron las cenizas al capitán de un vapor que hacia la travesía de La Habana, a donde llegaron el 24, siendo extraídos el 26. Ese mismo día la Academia Nacional de Artes y Letras celebró una sesión solemne en honor de Brindis. El discurso estuvo a cargo de otro músico cubano consagrado por la fama, Eduardo Sánchez de Fuentes. Al día siguiente fué trasladado al panteón de la Solidaridad Musical de La Habana, en el Cementerio de Colón, donde quedaron sepultados para siempre.

Roberto, ay 10/2
FONDO HISTÓRICO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA